

LA CIENCIA DEL AMOR

Desde muy joven, tuve una hermosa fortuna y el gusto por la ciencia. No de aquella ciencia de moda que, pretenciosa, cree poder recrear enteramente el mundo y flota en la atmósfera azul de la imaginación. Siempre he pensado, de acuerdo con la densa cohorte de sabios modernos, que el hombre no es más que un estenógrafo de hechos brutales, un secretario de la naturaleza palpable; que la verdad concebida, no en algunas vanas universalidades, sino en un volumen inmenso y confuso, sólo es abordable parcialmente a los raspadores, cortadores, fisgones, recaderos y almacenistas de hechos reales, comprobables, innegables; en una palabra, que hay que ser hormiga, que hay que ser cresa, rotífero, vibrión, ¡que no hay que ser nada!, para aportar un átomo a la infinidad de átomos que componen la majestuosa pirámide de las verdades científicas. Observar, observar siempre, sobre todo no pensar nunca, jamás soñar, imaginar: he aquí los esplendores del método actual.

Con estas sanas doctrinas entré en la vida; y, desde mis primeros pasos, un proyecto maravilloso, una verdadera ganga científica me vino a la mente.

Cuando estudiaba física, me dije:

Se ha estudiado la gravedad, el calor, la electricidad, el magnetismo, la luz. El equivalente mecánico de estas fuerzas está o es-

tará indudablemente determinado de forma rigurosa. Pero todos aquellos que trabajan en la expresión de estos elementos del saber futuro sólo desempeñan en el mundo un pobre papel.

Existen otras fuerzas que la observación sagaz y paciente debe someter al espíritu del sabio. No haré clasificaciones generales, porque las considero funestas para el estudio y además no entiendo nada de ello. En fin, me dispuse (cómo y por qué, no lo sé) a emprender el estudio científico del amor.

No poseo un físico completamente desagradable, no soy ni demasiado grande ni demasiado pequeño, y nadie ha podido decir nunca que fuera moreno o rubio. Tengo solamente los ojos un poco pequeños, no muy brillantes, lo que me confiere un aspecto de embotamiento útil en las sociedades científicas, pero perjudicial en el mundo.

De este mundo, además, pese a tantos esfuerzos metódicos, no tengo un conocimiento muy claro, y ha sido un verdadero alarde de sangre fría el que me ha permitido, sin llamar la atención, proseguir mi austero objetivo.

Yo me había dicho: Quiero estudiar el amor, no como los Don Juan, que se divierten sin escribir, ni como los literatos que sentimentalizan vaporosamente, sino como los sabios serios. Para comprobar el efecto del calor sobre el zinc, se toma una barra de zinc, se calienta en el agua a una temperatura rigurosamente determinada mediante el mejor termómetro posible; se mide con precisión la longitud de la barra, su tenacidad, su sonoridad, su capacidad calorífica, y se hace otro tanto a diversa temperatura no menos rigurosamente determinada.

A través de procedimientos tan exactos me propuse (proyecto encomiable a una tan tierna edad —veinticinco años apenas) *estudiar* el amor. Difícil empresa.

.

Intercambiamos nuestros retratos. El mío estaba fotografiado sobre esmalte, enmarcado en oro, con una cadenita minúscula, para ser llevado bajo las ropas.

Este retrato contenía, oculto entre una placa de marfil y el esmalte, dos termómetros de *máxima* y de *mínima*, dos prodigios de precisión bajo dimensiones tan pequeñas.

De esta manera podía yo comprobar las modificaciones de la temperatura normal de un organismo aquejado de amor.

Bajo pretextos a menudo difíciles de inventar, me hacía devolver por unas horas al retrato, anotaba las cifras con la fecha y preparaba de nuevo los termómetros.

Una noche que había bailado dos veces con una damita morena, recuerdo haber comprobado un descenso de temperatura de cuatro décimas, seguido o precedido (nada me permite conocer el orden de los fenómenos) de un ascenso de siete décimas. Éstos son los hechos.

Sea como sea, cuando todo estaba a punto, tomé las medidas siguientes: Dije a M.D.***: «La propiedad es el robo» (no es mío ni es nuevo, pero siempre funciona); a la Señora D*** que había tenido un aborto del cual hablaba demasiado a menudo: «La mujer, desde el punto de vista económico y social, debe ser considerada como una fábrica de fetos»; y tarareé, con la tonadilla de «*Cerca de una cuna*», algunos versos de una canción de W***, titulada: *Cerca de un tarro*.

...Le veía con un blanco cuello postizo

Fresco sustituto a las dignas poses...

Si no estuviera en alcohol,

¡Habría hecho grandes cosas!

Luego dejé en la mano de Virgine este billete:

«Después se lo explicaré todo. Pelea total entre sus padres y yo. El ideal, el sueño, el prisma del absoluto nos esperan. Para vivir hay que amar... Tengo una berlina abajo: ven, o me mato y tú estás condenada.»

Fue así como la rapté.

Las facilidades que había encontrado en esta empresa me sorprendían, mientras en el tren contemplaba a aquella muchacha, educada apaciblemente, destinada quizás a algún mediocre

empleado, y que me seguía gracias a una serie de fórmulas sentimentales, que, por otra, yo no había inventado, y que verdaderamente me costaría trabajo explicar.

Se supone que íbamos a alguna parte.

En efecto, desde hacía tiempo había preparado, con mi sagacidad peculiar, una deliciosa y metódica instalación cuyo objetivo se verá a continuación.

Eran tres horas de tren, mucho tiempo para la turbación, los sollozos, las palpitaciones. Afortunadamente no estábamos solos en el compartimento.

Yo había estudiado anteriormente, en la medida de lo posible, la situación en las novelas:

«Tú... Usted me lo sacrifica todo... Cómo agradecer...» Luego, después de un silencio: «Te quiero, la quiero... ¡oh! ¡los viajes con la amada! El horizonte se tiñe de rojo en el crepúsculo, o por la mañana se llena de perlas con la aurora, y los dos estamos frente a frente, después de la distracción o del sueño, en países de perfumes nuevos».

Me había hecho escribir la frase por mi amigo el poeta W***.

Llegamos, ella como un pájaro mojado, yo encantado del éxito inicial de mis investigaciones. Pues, sin dejarme llevar por la vanidad romántica de este *rapto*, durante el viaje, mientras consolaba a la pobre muchacha asustada, había colocado hábilmente entre su décima y undécima costilla un cardiógrafo de funcionamiento prolongado, tan exacto que el Sr. Dr. Marey, a quien debo su descripción ideal, no se lo había permitido por su coste excesivo.

Luego, un coche nos recogió en la estación. Terror, confusión, embriaguez inquieta de la señorita. Mis abrazos, débilmente rechazados, permitían al cardiógrafo registrar las expresiones viscerales de la situación.

Y en el delicioso saloncito donde, ocultando sus ojos con las manos, ella se reprochaba su ruptura definitiva con las exigencias de la moral y de la opinión pública, pude felizmente proceder a la determinación exacta (el momento era de absoluta importancia) del peso de su cuerpo. He aquí cómo:

Perdida en sus pensamientos, se había dejado caer en un sofá. Deteniéndome, emocionado, maravillado, a contemplarla, apreté con el tacón un pulsador eléctrico colocado bajo la alfombra y, al lado, en un gabinete secreto, al otro extremo de la balanza de la cual el sofá era la otra punta, Jean (criado devoto y prevenido) pudo comprobar el peso de la señorita vestida.

Me lancé a su lado y le prodigué todos los consuelos posibles, caricias, besos, masaje, hipnotismo, etc., consuelos sin embargo no definitivos, de acuerdo con mi plan de investigaciones.

Paso por alto las transiciones que me llevaron a despojarla de sus últimos vestidos, siempre sobre el sofá, y a llevarla a la alcoba donde ella olvidó familia, opinión pública y sociedad.

Durante aquel tiempo, Jean pesaba las ropas abandonadas, medias y botines incluidos, sobre el citado sofá, de manera que obtenía, por sustracción, el peso limpio de la mujer.

Además, en la habitación donde, embriagada de amor, se abandonaba a mis transportes ficticios (pues yo no podía perder el tiempo), estábamos como en un laboratorio. Las paredes forradas de cobre impedían toda relación con la atmósfera; y el aire, primero a su entrada, y luego a la salida, era analizado rigurosamente. Las soluciones de potasa de los aparatos revelaban, hora a hora, a hábiles químicos la presencia cuantitativa del ácido carbónico. Recuerdo cifras curiosas sobre este tema, pero carecen de la precisión justamente exigida en las tablas, ya que mi respiración, no amorosa, se mezclaba con la respiración de Virginie, verdadera enamorada. Me limito a mencionar en líneas generales el exceso carbónico en las noches tumultuosas donde la pasión alcanzaba sus *máximas* de intensidad y de expresión numérica.

Tiras de papel de tornasol hábilmente distribuidas en los forros de sus trajes me revelaron la acción constantemente muy ácida del sudor. A lo largo de los días siguientes, de las noches siguientes, ¡cuántos números a registrar sobre la equivalencia mecánica de las contracciones nerviosas, sobre la cantidad de lágrimas secretadas, sobre la composición de la saliva, sobre la higroscopía variable de los cabellos, sobre la tensión de los sollozos inquietos y de los suspiros de voluptuosidad!

Los resultados del *contador de besos* son particularmente curiosos. El instrumento, que es de mi invención, no es mayor que esos aparatos que los prestidigitadores se ponen en la boca para hacer hablar a Polichinela, y que se designan con el nombre de *pito*. En cuanto el diálogo se hacía tierno y la situación se anunciaba oportuna, me introducía a escondidas, claro está, el aparato montado entre mis dientes.

Hasta entonces había sentido bastante desprecio por expresiones como «mil besos» que se ponen al final de los billetes amorosos. Son, me decía, hipérboles transmitidas a la lengua vulgar, por algunos poetas de mal gusto, como Jean Second, por ejemplo. Pues bien, me complace aportar una verificación experimental a estas fórmulas instintivas que muchos sabios habían considerado, antes de mí, absolutamente quiméricas. En el espacio de una hora y media aproximadamente, mi contador había registrado *novecientos cuarenta y cuatro besos*.

El instrumento colocado en mi boca me estorbaba; estaba preocupado por mis investigaciones, y además las actividades fingidas nunca igualan las reales. Si se tiene en cuenta todo eso, se verá que el número de novecientos cuarenta y cuatro puede ser frecuentemente superado por las personas violentamente enamoradas.

.
Le Collier de griffes.